

DAVID CONTRA FARAON

Buenas:

He aquí que estamos reunidos, a una hora intempestiva de la mañana para hablar del humor y del poder, dos términos demasiado antagónicos, dos potestades demasiado desiguales, dos enemigos más o menos declarados cuya incompatibilidad esencial no siempre es evidente y de cuya eventual complicidad librennos los dioses, si es que están levantados a estas horas.

Creo que este ^{curso} viene ocupándose y se ocupa de humor y violencia. Y si yo he empleado la palabra poder como segundo término del ^{dío} viene a ser porque poder y violencia son siempre una misma cosa y porque al encargarme esta charla se me sugirió que me ocupase de las instituciones, como institucionalización, supongo, de esa mentada violencia.

Qué diría yo sobre tal tema, ya lo iremos viendo, pero lo primero que se me ocurrió fue el título, cuestión primordial para la edición del programa de festejos, anticipo tranquilizador para los organizadores y estimulante acicate, más o menos comprometido y ahorramador para quien ^{pone el carro delante de los bueyes} pone el carro delante de los bueyes esperando que estos lo empujarán de todos modos, a poco que las bestias piensen.

David contra Goliat, pensé al pronto, con reminiscencia infantil, seguramente, del pastorcillo de la honda y el temible gigante filisteo. En seguida caí en la cuenta de que Goliat no servía, y

que → era un mandado o simple portavoz del gobierno, por mucha que fuese su estatura, locuacidad bravucona y contundente esgrima. Goliat, aunque guerrero insigne, no pasaba de funcionario distinguido, mascarón de proa y alto subalterno puesto astutamente en el vértice más arriesgado de la batalla por un poder más gigantesco.

Sustituy en mi título a Goliat por Faraón. No hay que ser egipólogo ni lingüista para saber que la palabra faraón encierra en su pirámide algo más que un monarca absoluto. El faraón egipcio y personal era omnímodo dueño de personas y bienes, era jefe indiscutible de sacerdotes y guerreros, era cúspide del organigrama de una vasta administración, era trinitaria cabeza de lo legislativo, lo ejecutivo, lo judicial, y no solo ejercía tan exhaustivas potestades con la consabida legitimidad divina, sino que él mismo era dios.

Ya no quedan faraones tan maravillosos y completos, aunque des. la Roma antigua hasta nuestros tiempos modernos, no le han faltado al mundo candidatos a emular tal modelo y autoerigirse templos. Más si el faraón nominal es discutible en nuestros días, no descartaría yo del todo lo faraónico, como síndrome com.

suma y como realidad, en nuestros colectivos de poder. Y no sólo en los colectivos despóticos, sino también en las complejas tramas poderosas ejercientes de tales mediante vías democráticas. Llamo así pues al poder, faraón (como un todo metafórico que amalgama jerarcas y edificios) y para más matizadas aclaraciones, confirmaciones o descuentos, me remito a más adelante de esta peroración misma o a eventual coloquio.

Alguna palabra más, previa, sobre David. David tampoco puede

ser sostenido plenamente como la parte humorística y débil de este ^{titulo,} si nos atenemos a su curriculum completo.

Yo me precipité, quizá, al potenciar su audaz entrada en la ^{Historia,} como ^{hondura} sencillo y fulminante, con olvido de su posterior carrera política. David no es un pastor innominado y laico, como podría ser Viriato, llamado al ^{liderazgo} por azarados vientos de la Historia.

David es un ungido por Dios mismo, ser profético y profetizador, destinado a reinar sobre Israel durante cuarenta años (cifra ^{mítica} para los españoles aquí presentes).

David pasa de la crítica ^{parabólica} del poder (astucia ^{humanista} de la honda contra ^{la espada}) al poder mismo. Una conferencia muy sutil, muy propia para una Universidad de Invierno, sería

la intitulada David contra David: un singular combate, grandioso y violento, poético y miserable, demasiado sagrado y demasiado profano (aunque bíblico siempre) que terminaría en tablas: me remito a los libros 1 y 2 de Samuel.

Con todo, dejo David en el título de esta cosa que escribo y

digo. Fijo su emblema y paradigma

en el pastorcillo francotirador, claro,

→ Frente al Goliat faraónico. Pero me subyuga también su condición de

músico y de poeta (el humor, sin estética, no es nada, simple exabrupto). Y me ^{conmueve} también su vulnerabilidad humana (feo asunto

de Betsabé (adulterio ^{más robo mediante asesinato}) sus

complicadas ^{es sucesorias} familiares al napoleónico modo y el curioso

episodio de Gat, frente al rey Aquis, en el que ejerce de bufón y de loco (una y la misma profesión) para escapar con vida.

(Creo que tendrán ustedes que reler unas veinte páginas del Antiguo Testamento, como yo he hecho, para entender cabalmente este

exordio. Es relectura siempre gratificante y entretenida. No me den las gracias).

Bien, David contra Faraón, como título más o menos feliz y apropiado. Humor contra Instituciones, Humor contra Poder, y entre- mos de una vez en ^{materia,} que la mañana avanza,

→ si es que hay alguna en la sala, que todo es posible

(Pausa para beber agua y encomendarse a las musas,)

Aunque, dado lo veraniego de la divagación, no he querido fabricarme un esquema previo, o cuadro sinóptico, y seguir luego aplicadamente el proyecto de discurso, lo que seguramente habría sido muy sensato (si creo que un mínimo método fluvial de llevar las aguas por buen cauce me hará hablar de dos ríos, el del humor con sus humoristas y el del poder con sus poderosos, tratando al fin de observar qué pasa cuando ambas ^{confederaciones} entran en confluencia, ciones hidrográficas).

Primero el humor, que el poder da más miedo.

Tampoco yo sé qué es el humor, claro, pese a haber leído cosas sobre este fluido, pese haberlo intentado con miles de líneas y palabras, pese a haber reflexionado sobre tan raro éter y absurdo oficio. No traeré aquí palabras de Aristóteles ni de Jankelewitch, de Hegel ni de Freud, de Bergson ni de Baudelaire, de Novalis ni de Hodgart, de Proudhon ni de Unamuno. Para la inevitable pedantería que toda conferencia conlleva, sirva esta ristra de erudición implícita, sin desvelar demasiado donde bebí en las fuentes, a quien conocí en ajenas citas, como saberes de segunda mano. No

pondré a ningún gran hombre por testigo, no intercalaré párrafos ^{autorizados} textuales y no me levantaré del sitio para buscar en los libros y apoyarme en entrecomillados magistrales. Trataré, tan solo, con la soberbia humildad de los ^{ignorantes y de los vagabundos,} de discurrir a solas, ^{de} buenamente, con la ingenua intuición de los llaneros solitarios.

El hecho es que el humor, como la electricidad, aunque no sepamos qué es, está ahí, y conocemos sus efectos. En el principio fue el verbo y sólo a su conjuro la realidad aparece. He aquí una primacía de la palabra sobre el hecho. He aquí un fenómeno con toda la traza de ser humorístico. Llevado el chiste a su extremo, diríamos que la palabra Dios funda la divinidad y la precede. Contado el chiste por un científico, este hombre nos diría que de chiste ^{no hay} nada: que ^{nunca} la realidad precedió a su formulación científica, ^y que no hay realidad hasta que la ciencia, mediante el lenguaje, la establece y la fija. ^{jamás} ~~se crea~~ la crea en un aspecto estrictamente genesiaco.

Bien, el humor, que está en la ^{inaugural} ~~primera~~ palabra ^{del lenguaje} y que, ^{si en puridad se me apura,} es la realidad toda tal como puede ser conocida, es decir, en provisionales hipótesis (y en esto me daré la razón desde Heisenberg hasta Sócrates), es también, para que no se me acuse de absolutista interesado y de profesor megalomaniacamente enamorado de su asignatura, ^{y trascorralicea} la palabra última del lenguaje

nota al margen, prolongación y apéndice de todo lenguaje y conocimiento: de toda realidad, en una palabra. En cuanto apéndice, el humor es una tripita tan apa:

convencional, el último monarca de la sabiduría y su pariente pobre, un extraño ileco,

temente extravagante y superflua como el apéndice anatómico en nu
tro ^{coherente,} laberíntico y fisiológico ^{lógico} paquete intestinal.

Existe el discurso lógico del mundo y su realidad, que vendría a ser el de la descripción científica, el de la crónica objetiva y el de la prosa fiduciaria de los notarios y los registradores de la propiedad. Existe el discurso mágico de las revelaciones relig

sas, las hermenéuticas teológicas, las expediciones metafísicas,

el empecinamiento filosófico, los trinos y los aullidos de las artes literarias, pictóricas, musicales, poéticas. Existe un discurso mixto, lógico-mágico, con voluntad transformadora del Todo, que es poseído presuntamente por unos presuntos posesos llamados ideólogos, moralistas, políticos.

Pues bien, además, de estos dos discursos y medio, y sin que nadie sepa por qué ni para qué (la divinidad misma, con ironía suma, no lo ha explicado) existe el discurso humorístico:

Un discurso que tiene o puede tener algo de los dos discursos y medio anteriores, pero que no es exactamente ni la suma, ni la resta ni la multiplicación ni la división de esos discursos. Un discurso humorístico que no es complementario ni suplementario de aquellos sino otra cosa. Una cosa ^{aproximadamente} misteriosa que, en cuanto la descosificamos para intentar ser precisos, vemos que es el discurso que cuestiona los anteriores, que restablece la penumbra del mundo, que su iluminación plural y diversa. Un discurso que se distancia de los seria y convencionalmente establecidos, que los subvierte inquietantemente. Tan inquietantemente que, pese a dejarlos maltrechos, en algún sentido, no los sustituye, ya que el humor no es alternativa de nada. Solo un plus de conocimiento y ~~dada~~, simultá-

neos, que aparece en el mundo con mucha o maldita la gracia.

Y lo peor de todo (aunque los humoristas creen que es lo mejor) es que una vez expandido por el ~~mundo~~ ^{aire} este gas (el humor), ya nada puede ser igual en el mundo. De nada vale tacharlo, desoírlo, ignorar su presencia. El humor obliga al mundo convencionalmente serio a actuar como sí: como sí el mundo fuese inequívocamente de un modo determinado, aun a sabiendas de que ya no es enteramente así (una vez que el humor ha hablado). El humor, antes que la introspección honrada, que el psicoanálisis fiable, ha introducido en el orbe la inseguridad física y química, jurídica, epistemológica... ^(con perdón) Y lo ha hecho además, de un modo inatacable por los ácidos de la lógica y de la razón: lo ha hecho mediante la fábula elíptica del ingenio infuso, ^{mediante} el juego inversor que muestra el envés de todo derecho, ^{mediante} la profecía no por ^{inventada} menos plausible ^{mediante} el arte adivinatorio y burlón de dibujar el retrato imposible, aunque más que probable, de las personas, de las ideas, de los hechos; mediante la crítica metódica y no metódica de la crítica de toda razón; pura, impura y mixta. El humor se atreve a mucho en su audaz insolencia. A lo que no se atreve demasiado, digámosle para apearle humos, es a la crítica de la razón humorística: quizá por miedo al suicidio...

El Creador con mayúscula, quien quiera que sea ^{¿y si es que está} el Universo, ^{ha} dotado a este discurso raro, el discurso humorístico, de un especialísima ^{veracidad} y de la imposibilidad de demostrarla. Lo ha hecho así como sabio y así como tonto. Penetrante y frívolo, angustiado (el humorista es un ser patético) y risueño, categórico y anecdótico, responsable e irresponsable, atrevido y cauto, ^{agresiv}

y cortés, y cuasi
cuasi delictivo y impune.

Afortunadamente para los poderes establecidos (económicos, cul-
turales, ^{militares,} políticos o de cualquier otro tipo) el discurso ^{humorís.}

es irrelevante, inerte, insignificante socialmente y (por su misma naturaleza y por profilaxis ajena) un poco esotérico. Esto permite a estos poderes aceptar la broma (conviene que el humor sea una broma, aunque no siempre lo sea, aunque toda broma sea una verdad expuesta con diplomacia); aceptar la broma, reirse las tripas, conceder una atención parcial y transitoria al fondo del asunto y olvidarlo acto seguido con las tripas aliviadas y el cerebro recuperado, reinstalado en sus trece y ^{de nueva} tranquilo.

Afortunadamente para los humoristas, sus grandes hallazgos, sus iluminaciones súbitas, sus críticas penetrantes y hasta sus más energúmicas demoliciones, ^{al cincuenta} por ciento, lo que les libra de la cárcel a la que les llevaría una evidencia, ^{son atendidas y reídas sólo} libera de convertirse en guías de conducta o maestros de pensamiento. ^{plena de lo que dicen, lo que les}

Cómo contrapartida a estos dos afortunadamente existe ^{(o, ma}

^{brían no} se permite que exista) un desgraciadamente común y doble, que impide al mundo aprovecharse de este discurso ^{germinal} del humor (discurso que transformaría, aligeraría, adensaría, enriquecería el mundo), obviándolo por la vía de la risa y el olvido tajante. ^{(a parte de que la crítica lo ignora para que no se le caigan los anillos).} El humor está hecho para iluminar la noche en un instante con la claridad ^{de un relámpago} (¿o fue una estrella fugaz? ¿o fue una

ilusión óptica?) Sería peligrosísimo para la comunidad, tal como es, que la tormenta durase, que se multiplicase el aparato eléctrico. Conviene que el humor no supere jamás